EDICIONES IDEALES
DE
La Novela Semanal Cinematográfica
(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 11 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I Número 10

Entre la espada y la pared

asunto, interpretado por TALLULAH BANKHEAD, GARY COOPER, CHARLES LAUGHTON, GARY GRANT etc.

Director: MARION GERING

Es un film PARAMOUNT

Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.
Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 18
Madrid: Overisco San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

Entre la espada y la pared

Argumento de la película

DE COMO UN HOMBRE CELOSO LABRA SU PROPIO CALVARIO

El comandante Sturn era un hombre rollizo, jovial, simpático y hubiese sido completamente feliz, sin su pasión de celos por su esposa Diana.

Por su esposa bellísima; una mujer de arrogante estatura, cabellos de oro obscuro, y acabadamente delineada en la turgencia de las caderas, los hombros y los senos.

Tenía además el encanto de su rostro perfecto y del mirar acariciador y como adormecido de sus pupilas.

Sturn mandaba un submarino surto en una de las bases del Norte de Africa, y era hombre muy conocido en el club y otros lugares donde se reuniese la buena sociedad de la población.

Aquel día se hallaba en su despacho el teniente Jaeckel, destinado a sus órdenes en el submarino, y al extraer unos papeles de su bolsillo, cayó a tierra uno de ellos.

Antes de que llegara a recogerlo, la vista de Sturn fijóse en el tipo de la letra con que estaba escrito. Adoptó una sonrisa que quería ser de mundana indiferencia y profirió:

—Se le cayó a usted este papel. Parece de mi esposa...

El teniente no pudo disimular su desasosiego; mas Sturn, le dijo al notarlo:

—No se preocupe. Tenga en cuenta que yo no soy carcelero, soy marino.

—Lo sé. Pero no tiene importancia...

—Claro, claro, una mujer es libre de escribir a quien le plazca. Ya no estamos en la Edad Media...

—Unicamente me dice su esposa en este escrito que se hace cargo de mi preocupación y que lamenta mi traslado.

El comandante no deponía su actitud flemática:

—Esto no debe obsesionarles. Todos tenemos nuestros contratiempos.

Se despidieron después para volver a encontrarse en el Club, y ambos conservaron la rigidez de su sangre fría.

Sospechando Sturn que su mujer le burlaba con Jaeckel, y teniendo Jaeckel la certeza de que Sturn había solicitado su traslado por incompetencia en su cometido.

En el Club, punto de reunión de familias de marinos y militares, Sturn se rodeaba siempre de lo más granado de la concurrencia, y su ocupación favorita era la de narrar cuentos y chascarrillos, que él mismo, antes que nadie, celebraba con sonoras carcajadas.

—Un andaluz—decía, iniciando el chiste de turno—, visitaba un museo, y observó un tiburón de extraordinarias dimensiones. En seguida exclamaba: "Y que no se ha *colao* ni na el que lo pesó".

Cuando se hubieron extinguido las risas del propio narrador, comentaron los oyentes:

—¡Graciosísimo!

—Hombre, ¡Estupendo!

—Muy bien traído.

—¿Les ha gustado?—inquirió el comandante—. Es viejo, pero no está mal. ¿Y a ti te ha gustado, Diana?

Diana, dentro de su ceñido traje blanco de noche, destacaba entre todas las asiduas al Club, por su belleza.

Ahora bien, no estaba, ciertamente, de humor para reír las ocurrencias de su marido.

—No recuerdo lo que has dicho—contestó.

Sturn hizo este comentario:

—El genio nunca es genio ni para su ayuda de cámara ni para su esposa.

Siguió un mosconeo de elogios a la gracia del comandante, y,

al atacar la orquesta música de danza, el teniente Jaeckel vino a ofrecer su brazo a Diana.

—¿Quiere bailar, señora Sturn?

El comandante apresuróse a contestar:

—¿Por qué no, Diana? Debes hacerlo, sin demora.

—No tengo ganas, oíselo.

—Sabes que me gusta que te diviertas, que seas amable con todo el mundo, en fin, ante todo con mis oficiales... Insista, Jaeckel; ya verá cómo acaba por aceptar.

Ella se defendió:

—De veras no quiero bailar; en cambio aceptaré un cocktail.

Bebieron el cocktail y varios "bacardis" que pidió el comandante, en torno a una mesa alejada del grupo en que antes disertaba Sturn.

En cuanto se hubieron alejado el comandante, la esposa de éste y el oficial, aquella buena gente dedicóse a la tarea de que ni en aquel Club ni en ningún lugar del mundo se puede prescindir: a despellejar a los que han vuelto la espalda.

Una de las señoras, joven y afectada, Mrs. Perfy, exclamó escandalizada:

—Cada vez que veo a esta mujer a mi lado me hace hervir la sangre.

Otra señora de las del corro creyóse en el caso de escandalizarse en igual medida:

—Yo en lugar del comandante, le daba un escarmiento.

El oficial Man, que como hombre, y hombre joven, era más benévolo, intervino:

—Ya señoras, en realidad, no he visto que esa mujer haga nada concretamente censurable.

La señora que había hablado últimamente dijo en seguida:

—Ahí está... Eso es lo peor, que no se ve lo que hace.

Entonces el comandante Hutton, que por su edad no toleraba ningún gesto de desenvoltura moderna, y menos la amistad de Diana con Jaeckel, exclamó lleno de seriedad:

—Es una verdadera vergüenza. Algún día no podré contenerme y tendrá que oírme esa mujer.

En aquel momento, con gran consternación de aquel cónclave de la maledicencia, apareció inopinadamente, encarándose con los murmuradores, la propia Diana, el objeto de la murmuración.

Dirigiéndose a Hutton, le dijo:

—Si algún día le tengo que oír, ¿por qué no ahora mismo?

Todos enmudecieron y no acertaban qué excusa balbucir.

Por fin rompió el hielo Mrs. Perfi, que compuso la mejor improvisada de sus zalemas:

—Venga, venga acá y siéntese. No sea tonta; ya sabe que todos la apreciamos.

—Gracias—repuso Diana, mantenida en su postura de altivez—; no quiero hacerle hervir la sangre.

—¡Bah!, no me haga usted reir. ¿No ve que todo es una broma?

Diana sabía muy bien a qué atenerse, y encaróse con el comandante:

—¿Y usted, bizarro comandante, tantas quejas tiene usted de mí?

Hutton tartamudeó:

—Créame que yo sé tratar a las damas.

—Unicamente cuando le oyen ¿no es así?

La llegada de Sturn, que de acuerdo con su mujer, dispuso el regreso a su domicilio, cortó estos diálogos de violenta tensión, en que la altivez y el aplomo de Diana no conseguirían nunca atajar los malos juicios iniciales.

Una vez en casa, Diana, al pasar por el hall, antes de dirigirse a sus habitaciones, vió sobre una mesita de laca varios sobres, uno de los cuales estaba dirigido a ella.

Una leve vacilación al leerlo denunció a la atenta vigilancia de Sturn la procedencia de la misiva.

El comandante, con el rostro demudado, exclamó:

—¡Carta de Jaeckel! ¿eh?

Sí, es cierta, carta de Jaeckel.

Sturn, perdido el control de sus actos, mordido por la fiera de los celos, avanzó hacia su esposa, mirándole de hito en hito, y, repentinamente, descargó una bofetada en su mejilla.

Ella mordióse los labios hasta hacerlos sangrar y tragó el dolor del ultraje con entereza.

Entonces comenzó ese rosario de exabruptos y estridencias de todo marido que se obstina en verse engañado:

—¡Tú le amas! ¡No lo niegues! ¡Le amas!

Ella no salía de su silencio, y él arreciaba, con grandes gritos, en su denostar:

—¿Me oyes? ¡Digo que le amas!

—Te oigo, Carlos.

—¿Y no es más que esto lo que se te ocurre? ¿Es cierto entonces; confiésalo de una vez; es cierto?

—No es verdad Carlos, no es verdad.

—Hace tiempo que tengo la evidencia de que le amas a pesar de que los dos sois maestros en el disimulo. ¡Y no quiero soportarlo más!

—No tendrás necesidad de ello. Le han trasladado de buque.

En el semblante de Sturn se pintó una sonrisa de rencor satisfecho:

—Así es. Yo mismo pedí su traslado por inepto para el servicio.

—¿Y has podido hacer eso?

—Sí lo he podido porque significa que verá su carrera truncada. Es lo peor que le podía ocurrir. Y a ti te lo debe, tenlo en cuenta.

Ella se tornó implorante:

—No lo hagas, Carlos, no lo hagas.

—No ¿eh? ya está hecho.

—Retira la queja; quiero que le ayudes.

—¿Por qué he de ayudarle? ¿Tuvo alguna consideración para mofarse de mí?

—No ha hecho nada. Es falso que me ame.

—¿Ni tú tampoco a él?

—No; recuerda de cuántos has sospechado sin ningún fundamento.

El tono de este interrogatorio en que el marido se erigía en juez inexorable, fué subiendo de diapasón, hasta llegar a un punto en que Sturn exigió a su esposa un modo de demostrar que las sospechas fueran infundadas.

El procedimiento elegido fué éste: Diana haría venir al teniente, sin previa ocasión de ponerse de acuerdo, y Sturn ocultaríase para presenciar la entrevista.

De los términos en que se desarrollase ésta, podríase deducir la clase de relaciones que unía a los dos.

Jaeckel, en efecto, acudió a la llamada telefónica, y el comandante, temblroso de ansiedad, asistió, desde su escondite, al diálogo, sin perder una sola palabra.

—¿Es necesario que lo diga? Quizá no le gustase...

Diana, después de un rato de charla, tuvo el valor de preguntar a Jaeckel:

—Usted ha sido muy amable conmigo. ¿Por qué?

—¿Es necesario que lo digo? Quizá no le quitase...

—Pues dígamelo.

—Mire; yo sé que hablan mal de usted; que es una mujer incomprendida... Yo tengo algunas costumbres algo extravagantes. Entre ellas la de ser un poco Quijote.

—¡Ah!, y quería protegerme...

—No soy más que un loco sentimental... Ni siquiera... estoy enamorado de usted. Prosaico, ¿no?; tal vez decepcionante.

—Al contrario, me gusta mucho. Es justamente lo que quería saber.

Unas frases más y el teniente se despedía, con absoluta cortesía, sin ninguna efusión amorosa.

Pero para el marido que acechaba, después de consumada, ya no resultó satisfactoria la prueba.

Volvió a abrumar a Diana con sus amenazas, con sus gritos y sus furias.

—Esto no puede durar más tiempo—dijo Diana, que mostrábase abatida por las emociones de la noche—. En todos los sitios que pisamos provocas los mismos escándalos. ¿Adónde llegará tu manía?

—Me tomas por loco, ¿no es así?

—No, no es precisamente eso. Pero recuerda lo que te dijo el alienista. Que tú debías poner algo de tu parte para que desapareciera, del todo aquellos síntomas...

Un nuevo acceso de furor sacudió los nervios de Sturn.

—¿Quién me dice a mí que no le has prevenido con una seña, con unas palabras en voz baja? Dirás que estoy loco; eso es ¡que estoy loco! ¡Ah!, tú quisieras que fuese así para marcharte con él. Pero no serás suya, ¡te mataré, antes! ¿Lo oyes? ¡Te mataré!

Abalanzóse a ella y forcejeó como si estuviera dispuesto a ahogarla.

Sólo crispó sus dedos sobre la tela del abrigo sedeño, y al quedarse con él en las manos, lo hizo jirones, como si estuviese poseído de un ramo de locura.

Por fin, después de llenar de verdaderos rugidos el silencio de la casa, el comandante se retiró, con esta fría amenaza en los labios:

—Bien, esperaré. Ya vendrá mi ocasión. No tengo prisa.

Y Diana, dió unos pasos, cayó vencida sobre un butacón, luego levantóse y anduvo, sin sin pulso, sin fuerza de ánimo, hasta salir al jardín.

Allí el intenso perfume de la noche acabó de embriagarla y de oscurecer sus pensamientos.

La voluptuosidad de la música indígena llegaba a sus oídos, con la dulzura de las chirimías y el tam-tam de los panderos.

Los moros celebraban una de sus fiestas más típicas...

PARA LO IRREMEDIABLE, CONSPIRAN LA OCASION Y LAS ESTRELLAS

Las angostas calles estaban invadidas por oleadas de gente que apiñábase sudorosa.

Era un mar de turbantes, chilabas, vestimentas de tipo musulmán que se agitaba con creciente fragor.

La Pascua, a cuya celebración acudían, era como si se abriese en una fecha la válvula del vocerío, de las damas alocadas, de la fiebre del movimiento y de la exaltación.

Ya se conoce en qué consisten esta clase de fiestas en las poblaciones marunas del norte de Africa.

Hay espectáculos en ellas, como el de la "locura santa" de algunas sectas que recorren las calles, realmente sangrientos y poco tranquilizadores para el europeo no avezado a contemplarlos.

En algunas plazas se bailaba las danzas típicas de rapidísimos giros y la algarabía resultaba enardecedora.

Llevada de su aturdimiento interior y del aturdimiento producido por el desconcertado bullicio, Diana caminaba al azar, impelida por los racimos de la muchedumbre.

Apretujábanla, la hacían dar bandazos de un lado para otro.

Sin saber ciertamente cómo, penetró en un cafetín moruno donde, al ritmo de una cadencia indígena, se cantaba y se bailaba con derroche incansable.

Era tal la afluencia de gente, y tan ebria de su propia agitación, la inquietud de los apiñados allí, que Diana llegó a temer salir maserada a empellones, o no salir nunca de aquel sitio.

Estaba adosada al muro, y un brazo, de pronto, se extendió delante de ella y se interpuso como un férreo valladar entre su cuerpo y la masa de la multitud.

Llevó Diana la mirada agradecida a lo largo de aquel brazo, hasta encontrarse con el rostro de un hombre joven, de elevada estatura, que se tocaba con sombrero flexible y llevaba anudado al cuello un pañuelo de seda.

El recogió la mirada con avidez, y luego, tras grandes esfuerzos, consiguió sacarla del cafetín. Buscó abrigo en la tienda o bazar de un comerciante del país.

La esposa de Sturn dijo a su repentino protector:

—Gracias.

—¿Cómo se encontraba allí?—preguntóle él.

—Paseaba...

—Pero la veo como aturdida, sobrecogida extrañamente.

—Es que usted no me conoce. Esa es mi expresión normal.

—¡Qué extraño, con ese vestido, no llevar abrigo!...

—Lo llevaba hace poco, pero no me sirve ya. Hace usted muchas preguntas.

En la mirada de ambos iba acentuándose una sensación de avidez y confianza.

Hassan, el comerciante indígena, presentóse, obsequioso hasta la punta de la barba, viendo en puerta posibles clientes.

—¿Desea algo la señora?

—No, nada.

—Mire que tengo las cosas más hermosas y más baratas que ha visto el señor.

El joven no prestó oídos al comerciante e inquirió de Diana:

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Lo primero, recobrar el ánimo, que buena falta me hace, después...

—¿Después...?

Hassan continuaba importunando con la oferta de su espléndida mercancía.

—Aquí es el sitio donde el caballero puede encontrar el mejor regalo para la dama.

—¡Váyase!—le conminaba el joven.

—Tengo unos chales preciosos, seda india legítima.

—No los queremos.

—Debe ser razonable. Yo soy un pobre que vive de este comercio. Tal vez desea esta señora tan guapa un perfume. Tengo el mejor de todos. Ves qué aroma.

Le ofreció un frasquito de sándalo.

Para que no les importunase más, el acompañante de Diana aceptó el perfume:

—Bien, ¿cuánto vale?

—Sólo treinta dinares, señor.

Luego, fiado en la comprensión de aquel viejo mercader, le hizo este ruego:

—Déjanos solos, hasta que se vaya toda esa gente.

Hassan hizo un gesto de hombre que ha comprendido todo, e indicó con una sonrisa de inteligencia:

—La calle de atrás está desierta. Pueden salir por aquí. ¿Quieren seguirme?

Salieron a la calleja solitaria donde vertía la luna su luz azagada, y ella, no obstante las impaciencias de él por retenerla, le dijo, haciendo un gran esfuerzo:

—Adiós.

—¿Va a dejarme? Pero, ¿adónde va?

—No lo sé siquiera.

—Estoy decidido a ir con usted.

—Soy mala compañía.

—Es lo mismo, me arriesgaré a todo.

—No quisiera que se equivocase si me toma por cierta clase de mujer...

—Lo sé; no me engaño tan fácilmente. ¿Por qué no me cuenta todo lo que le ocurre? Tal vez sea un alivio para su alma.

Fuéronse alejando hasta rebasar las afueras de la población y llegar al descampado.

El ánimo de Diana no tenía fuerzas para resistir y evadirse de aquel encanto que le deparaba el azar y que iba obrando como un sedante sobre las tribulaciones de su espíritu.

Sentáronse en un ribazo, cara al campo abierto. Era una soberbia noche africana. Un vaho de la tierra caliente, adormecedor de los sentidos, flotaba en el aire. La intensa claridad de la luna daba al paisaje el aspecto de un sueño de la imaginación. El cielo estaba abrillantado por un sinnúmero de estrellas que lucían como si quisieran cegar a la noche.

Diana perdió su mirada sobre las ondulaciones de la arena, y todo el encanto sofocado de la noche y del paisaje amenazaba con sumirla en un letargo delicioso.

Su acompañante, después de un rato de aspirar aquella fragancia, suspiró:

—¿Quién podría resistir al encanto que aquí reina?

Luego preguntaba:

—¿Cómo se llama? ¿Quiere decírmelo?

—No, si lo dijese llorarían hasta las piedras.

—¿Pero volveré a verla...?

—Nunca.

Diana se puso a oler el pomo de sándalo que habían adquirido en la tienda de Hassan.

—¡Qué perfume, Dios mío!—exclamó—. Embriaga y hace perder la cabeza.

El pomo se escurrió de sus manos y derramóse el perfume sobre su vestido. El limpió la mancha con su pañuelo.

—Es usted encantadora. Más todavía que ese perfume y que todo lo que está en torno nuestro.

—Son las estrellas las que le sugestionan.

—No, es usted... Eres tú, que dominas mi alma y mis sentidos.

La boca de él estaba tan cerca, que su aliento se confundía con el perfume del sándalo. Las estrellas se reflejaban en las pupilas de los dos.

Fueron acercándose, acercándose, insensiblemente, inevitablemente, hundiéndose en el misterio del olvido de todo lo que está fuera del instante.

Hundiéndose en el amor, hasta consumar el beso trémulo que nunca se olvida...

Al regresar a la población el desconocido hizo venir un coche para dirigirse al centro, y Diana detuvo su ademán de subir con ella al vehículo.

—¿No podré acompañarte?—suplicó él.

—No; todo ha terminado aquí. Ha sido un sueño delicioso que no podemos continuar.

—Pero tú me amas.

—Te he amado.

—No pregunto eso; pregunto que si me amas.

Ella vaciló:

—Sí.

—¿Y tendré que resignarme a vivir una vida del recuerdo de una noche?

—Es preciso. El recuerdo a veces es tan dulce como la realidad. Ahora dile al cochero que siga y, cuando tú no lo oigas, le daré mi dirección.

—Pero...

El coche partió. El quedó solo con sus pensamientos y con el cielo estrellado, pensando que jamás pudiera dejar en el ánimo tan profunda huella una aventura.

EL PERFUME DE HASSAN

De regreso en la saca conyugal, Sturn, que, aguardaba con la pregunta apremiante en los labios, le dijo en el tono colérico de siempre:

—¿Dónde has estado?

Ella atravesó el hall sin mirar siquiera a su marido y subió las escaleras que conducían a su habitación.

Mientras subía contestó al interrogatorio del comandante:

—No tienes derecho a hacerme más preguntas de esta clase. Entre nosotros todo ha terminado. No obtendrás de mí la menor explicación.

Mientras, Sturn aspiraba el intenso aroma del sándalo que habíase esparcido por toda la estancia.

—¡Qué perfume tan penetrante... y tan ordinario!—comentó.

Al siguiente día presentábase en casa de Sturn el nuevo oficial destinado al submarino en substitución de Jaecker, que no fué sino una de las víctimas de los celos de su jefe.

Sturn recibió muy atento al nuevo oficial, teniente Sempter, y no tardaba en entablar con él animada conversación en la que no podían faltar los cuentos chistosos del comandante. Y entre ellos, su favorito:

—Un andaluz visitaba un museo y al contemplar un tiburón de gran longitud... —Y así, hasta completar el chascarrillo de marras.

—Es gracioso, ¿eh?—remachó al terminar—. Me lo contaron ayer... Ande, tome otro trago.

En este punto de la charla, por la escalera de la parte alta de la estancia pasó Diana con andar pausado.

—Ven acá, Diana—dijo su esposo al verla—; ven, te voy a presentar al nuevo teniente.

No puede negarse que constituía una manía singular y raya-

na con el estado morboso, aquel prurito de poner ante su mujer la ocasión de posibles devaneos, y luego atormentarse con la conjetura de lo que pudiera suceder.

Diana bajó de mal talante, y su esposo hizo la presentación.

—Sempter; mi señora.

Al cruzarse la vista de Diana con la del recién venido, ninguno de los dos pudo reprimir un gesto de indecible sorpresa.

Quedaron mudos un momento, y Sturn no le pasó inadvertido este detalle.

—No se conocían. ¿Verdad que no?

—Sabe que llegué anoche—justificóse, con alguna precipitación, Sempter.

Diana sólo buscó ya el modo de ausentarse:

—Le suplico que me dispense, Mr. Sempter... tengo que hacer en este momento.

Mas como quiera que Sturn le suplicase con acento de orden: "No te vayas, no tratamos nada de servicio", tuvo que quedarse arrostrando la enojosa situación, ya que tampoco tuvo manera el teniente de poderse evadir.

En el transcurso de la charla éste extrajo del bolsillo sus documentos para entregárselos a Sturn, al tiempo que un pañuelo con olor a un perfume penetrantísimo que hirió en seguida la sensibilidad del marido de Diana y le recordó el aroma que desprendíase de ella en la ocasión en que regresaba de su paseo la noche anterior.

Con el pretexto de revisar las instrucciones del oficial subió el comandante a su despacho, no sin decir antes de su deliberada ausencia:

—Aquí te dejo con Mr. Stemper; vuelvo en seguida.

Quedáronse Diana y el teniente, vis a vis, mientras Sturn cotejaba arriba, en el cuarto de Diana, el perfume de los documentos con el del pomo que ella guardaba en su secreter. Uno de los dos tenía que romper el asombro y el silencio. Fué ella, que dijo en voz baja:

—¿No me dice nada? No esperaba verle tan pronto... después de anoche... ¿Estará resentido conmigo?

—Mucho; no podía imaginarme que usted era...

—Casada. ¿La cosa cambia de aspecto, verdad?

—Sí; cambia.

—Es como si rompiese el encanto.

—Cierto; en lo de anoche veo ahora algo bajo, vil.

—¿Ese algo es mi comportamiento?

Sempter recordaba la bella aventura de la noche y lamentaba en lo más íntimo que se tratase de una vulgar traición conyugal.

Por eso prefería que se apartase de su imaginación todo recuerdo:

—No me importa nada de todo esto.

—¿No le importa nada?

—Evidentemente, no. Sin embargo, yo la amé.

—Anoche. Pero me aborrece hoy... En una palabra, ¿siente lo que sucedió?

—Más de lo que usted pudiera creer.

—¿Le hiere lo que ha sucedido?

—Me hiere, pero no me produce rencor. Ahora, al conocer a su esposo...

—¿Que le parece?

—Me parece muy simpático; algo altisonante...

—Sí, esa impresión es la que da. ¿Ha estado usted ya en el Club? Allí oiría y seguiría oyendo hablar pródigamente de él y de mí. De mi infelicidad, de mis cosas...

—Sí; ya he oído algo.

—Es usted muy joven —susurró Diana con cierto acento de ternura—. Está usted como arrepentido. ¿Qué es lo que esperaba de mí?

—No esperaba nada, pero, créame, hallé muchísimo...

Sturn volvió con ese rictus de reserva y malos pensamientos que jamás perdían sus labios, y propuso una cena de los tres juntos en cualquiera de los establecimientos nocturnos de la población, sin ceder a las protestas de Sempter.

—Nada, nada; charlaremos y luego iremos a bordo. A las ocho. Sea puntual.

—Pero...

—Nada; a las ocho en punto.

Y hubo que concurrir a aquella cena, donde ni Diana ni Sempter podrían hallar palabras con que animar la conversación.

El comandante aparentaba estar de gran humor e interés en que la charla no decayese. Intentaba soltar la vena de sus chistes:

—¿Conoce usted—le preguntó a Sempter—el cuento del andaluz que llegó a un museo...?

—Sí; esta tarde me lo contó.

—¿Ni tú tampoco a él?

—¿Cómo se encontraba allí?

En algunas plazas se bailaba las danzas típicas...

—¿Pero tú me amas?

—Hasta nunca...

—Casada. La cosa cambia de aspecto, ¿verdad?

—¿Compra una buena alfombra, Almirante?

—Si te lo dijese, luego no habría ninguna sospecha...

—Cierto; ¡qué memoria! Estos son síntomas de vejez. ¿Conocía usted ya este país?

—No; este es mi primer viaje. Pero parece interesantísimo...

Un comerciante indígena que llevaba al hombro su mercancía, penetró en el establecimiento y llegó junto al palco que ocupaban Diana y los dos marinos.

—¿Compra una buena alfombra, almirante?

—Gracias por el ascenso—repuso, jovial, Sturn—; no necesitamos nada.

—¿Y no van a comprarme una alfombra para pisar encima el almirante?

—Si no te alejas, pisaré encima de ti.

—Algo para regalarlo a la señora. Quizá un perfume bueno...

El teniente y Diana reconocieron el rostro de Hassan, el mercader de la noche inolvidable, y al primero no se le ocurría la manera de apartarlo de allí.

Mas el propio Hassan reconoció, a su vez, a la pareja:

—¡Ah! Es un antiguo cliente...

—¿Ya hizo compras y apenas ha llegado?—admiróse el comandante—. ¡Qué pronto halló a quién obsequiar! ¿Quién es ella? No supuse en usted tan gran conquistador.

Sempter quiso revestirse de aplomo:

—Este hombre se equivoca, ¿Oyes? me tomas por otro.

Hassan hizo una mueca de no darse por convencido:

—Quizá que me equivoque... no digo que no...

Entonces el comandante le obsequió con una copa:

—Toma: bebe.

—Gracias; Alah le bendiga. En cuanto al otro señor, quizá que me equivoque, pero no lo creo.

Claro que no había pasado inadvertida para los ojos del esposo vigilante, la mirada de inteligencia entre el moro y Sempter y su mujer.

Un rato más tarde, Sturn preguntó qué hora era y para vista de lo tarde que era, indicó al teniente que debía ir a bordo y aguardarle allí a él, que no tardaría en ir también.

Sempter retiróse y Diana comenzó a hacer reproches a su marido:

—Tú has hecho venir al de las alfombras. Estás obsesionado por otra de tus locas sospechas.

Veía el semblante sombrío de su esposo y conocía que no indicaba nada bueno para el oficial recién incorporado.

—Tú tramas algo—le dijo con viva excitación.

—Nada. Voy a la Comandancia y de allí iré a bordo.

—¿No vas a hacer con Sempter lo mismo que con Jaeckel?

—No voy a hacerlo.

—Pues, entonces, ¿qué vas a hacer?

—Si te lo dijese, luego no habría ninguna sospecha. Además sería doloroso hablar de tal cosa.

Comprendió Diana que esta vez su marido estaba dispuesto a cualquier resolución extrema y que el teniente corría un verdadero riesgo según el rumbo que tomasen las iras de aquel hombre semienloquecido por los celos.

Y en un instante, resolvió lo que había de hacer. Ir al barco antes de que llegase Sturn y prevenir a Sempter del peligro que rondaba en torno de él.

Para que la previsión pudiese ser completa, sacó un revólver de su secreter y lo ocultó en un paño de terciopelo para llevarlo en la mano, como si fuese el bolso, y entregárselo al teniente.

Un coche trasladóla en seguida al muelle y después de preguntar al centinela si había venido ya el comandante, y haber obtenido respuesta negativa, penetró en el submarino y en el camarote de Sempter.

—No he tenido más remedio que venir—explicó de un modo atropellado.

—Pero ¿dónde está el Comandante?—preguntó Sempter con gran zozobra.

—Dentro de un momento estará en el barco.

—Pues mire, espérelo aquí. Yo me voy, tengo que hacer.

Diana salió al paso de sus lógicos deseos de poner distancia entre los dos.

—No se vaya. Es muy importante lo que tengo que decirle. ¡Muy importante!

—Dígalo en dos palabras.

—Carlos lo sabe todo.

—¿Que lo sabe todo?

—Sí; y no sé lo qué intenta hacer, pero, desde luego, algo horrible.

—Tiene miedo, ¿no?

—Claro, miedo por usted, no por mí.

El oficial lamentaba profundamente todo lo sucedido, pero no participaba de los miedos de Diana.

—Bueno, dígame, ¿qué debo hacer?

—Estar siempre ojo avizor, y dispuesto a que no le sorprendan. El es capaz de todo.

—Le advierto que zarpamos a las once —recordóle el teniente, cada vez más inquieto por aquella situación.

Pero a ella lo que inquietábale era que él no diese la importancia que a su juicio tenían las posibles resoluciones de Sturn.

Por eso, luego de asegurar, contestando a las evasivas de Sempter, "no crea que exagero", le hizo entrega del revólver que traía oculto, y que le fué devuelto acto seguido.

Y he aquí que el Comandante llegaba al barco, y oía de labios del centinela, al pedirle la novedad:

—La señora está a bordo.

—¿Está a bordo?

—Bajó a la batería.

—¿De veras? ¿La vió alguien entrar?

—No sé; creo que no.

—Bien, avise al oficial de guardia que desamarre.

En el camarote de Sempter, él y Diana quedaban demudados al oír un ruido de amarras y motores.

—¡Estamos en marcha!—exclamó, muy sorprendido, el oficial.

En efecto, el submarino zarpaba, y antes de que pudieran reponerse de su sorpresa, entró en el camarote el comandante, y dijo:

—Yo he dado orden de partir.

—Pero, ¿no sabía que su señora estaba a bordo?

—Al contrario, lo sabía perfectamente.

Sempter insistió:

—Pero debíamos salir a las once.

—Es lo mismo.

Sturn sentóse junto a la mesita de la cámara, con un aire vencido, triste, casi implorante, que movía a piedad, y con un tono de renunciación, empezó a lamentarse, dirigiéndose al teniente:

—¿Usted no se ha sentido nunca hastiado, fatigado de vivir?

—No, no he sentido esa sensación—afirmó Sempter.

—Tiene mucha suerte. Yo, en cambio, sí; ahora mismo me siento de ese modo. ¡Qué felicidad ser como usted! Seguro que

las mujeres le quieren, le admiran. Será lo que se llama un hombre de suerte. Yo, todo lo contrario. Ya ve: amo a mi mujer y ella nunca me ha amado.

—Eso no es verdad—protestó Diana—. Te amé de recién casados. Y con tus manías y tus violencias has matado mi amor. Has hecho todo lo posible para que llegase a odiarte.

—¿Y ahora me odias?

Sturn cambió su tono apesadumbrado por el estridente y conminatorio de siempre:

—Amas a Sempter, ¿verdad? Y él te ama a ti. Ha sido tu amante. Lo sé sin necesidad de preguntárselo.

Diana había perdido todo temor y se hallaba en esa actitud en que ya es una pesadumbre inaguantable todo disimulo.

—¿Por qué me lo preguntas, si no tienes necesidad de ello? —preguntó a su vez.

—Quisiera que, por lo menos, tuvieras el valor de ser sincera conmigo.

—Bien; lo seré. Es verdad.

El teniente bajó la cabeza, y Sturn salió del camarote sin proferir una palabra más.

LA LOCURA FINAL

El comandante dió esta orden:

—¡Dispuesto para la inmersión!

Acto seguido fueron transmitidas las disposiciones a las distintas dependencias del barco.

—Cierren la torre de mando.

—A punto para la inmersión.

—Inmersión a diez metros—ordenó Sturn.

—¡Conductos del agua abiertos!

—¡Nivel del periscopio!

—¡Diez metros!

Sempter exclamó:

—¡Doscientos kilos en la escotilla de torpedos!

Giraron las agujas en los cuadrantes, evolucionaron las palancas de la maquinaria y el sumergible fué tragado por las fauces del agua, levantado enormes burbujas.

Sturn estaba al periscopio y observaba el horizonte con sumo cuidado.

Después de un rato de observación pudo divisar una embarcación de buen tamaño que navegaba no muy lejos de la línea del submarino.

—¡Quince grados del timón a la derecha!—dispuso de pronto. Y luego:

—¡Rumbo fijo en marcha!

—¡Rumbo fijo!

Al cabo de unos instantes, y con algo como una satisfacción de loco pintada en el rostro, Sturn cedió el puesto al teniente.

—Tome el periscopio. Fíjese.

Al observar Sempter, hizo un gesto de horror y quiso emitir

todas las órdenes que se le ocurrían para evitar la catástrofe, pero era inevitable.

Hubo un choque formidable que hizo crujir hasta el último tornillo del sumergible. Los tripulantes fueron lanzados al suelo y una grande avalancha de agua comenzó a inundar el barco con sordo fragor amenazante.

Sturn había precipitado el submarino contra el casco del buque para enterrar en el abismo de las aguas su desventura y englobar criminalmente a los que le rodeaan, en su trágico fin.

Sempter gritó desesperadamente:

—¡Inmersión rápida de ambos timones! ¡Los dos motores a toda máquina! ¡Llamada de auxilio en el oscilador! ¡Vía de agua en el mamparo!

El comandante presentóse y se encaró con Sempter:

—Teniente Sempter, se le releva del mando por incapacidad en el cumplimiento de su deber. Usted es el responsable de lo ocurrido por negligencia en la observación al periscopio.

Luego dijo al contramaestre:

—Lleve sus hombres al compartimiento de control y espere allí instrucciones.

Los planes de suicidio colectivo de aquel hombre infatigable en atormentarse, no habían tenido completamente el fin apetecido.

—Quizás los generadores se hayan averiado con el choque.

El marinero encargado de este servicio, observó, después de comprobarlo:

—Los generadores funcionan bien.

—Entonces será otra clase de avería. Acaso toquemos fondo. Compruébenlo.

Dirigióse luego a la dotación que hallábase ya desconcertada y temerosa de un dramático final.

—¡Muchachos, no nos queda más remedio que esperar! Hasta ahora no hemos podido comunicarnos con nadie del exterior. Si lo conseguimos trataremos de salir de este infierno. Pero no hay que desesperar. Todavía, que yo sepa, no estamos muertos.

Había en la expresión del semblante de aquel hombre, al hablar así, algo como la pesadumbre por contemplarse vivo.

Momentos después borbotaba órdenes sin adecuado concierto:

—¡Abran la escotilla de baterías! ¡Entren luego en el compartimiento y abran la escotilla de rescate!

Sempter comprendió que estas desatinadas disposiciones sólo podían llevarles a apresurar el fin trágico de aquel episodio.

—¡Eso es una locura! ¿Cómo va a hacerse tal cosa si el compartimiento de baterías está inundado?

Le escupió Sturn en el rostro estas palabras:

—¡Usted está relevado del mando! ¡No tiene nada que decir aquí! ¡Cúmplanse mis órdenes!

La marinería estaba algo perpleja ante la dimisión del teniente y su jefe, pero el concepto de la jerarquía les llevaba a obedecer al superior.

Esta obediencia hubiese tenido fatales consecuencias, de no irrumpir de pronto, ante el asombro general, un personaje ignorado de toda la tripulación.

Diana, que había sufrido con el susto consiguiente el choque horrible del submarino con la otra embarcación, aparecía ahora con actitud de entereza acusadora.

—¡Si cumplen esas órdenes—gritó—, estamos perdidos! Creedme a mí y comprenderéis que este hombre está loco. Quiere sacrificar a todos por la vesanía de sus celos.

Entonces Sturn, cuyo cerebro ya no era posible que siguiese normalmente, bufando de cólera, creyóse en el caso de zurcir sus explicaciones:

—Os debo una aclaración. Vosotros no sabíais que venía una mujer a bordo, ¿verdad? Yo, cuando salimos, también lo ignoraba. Quizás por esta causa estamos en el fondo del mar. Yo os lo explicaré todo brevemente. Esta mujer es mi esposa.

Rumor de admiración entre los tripulantes.

—Es mi esposa y la amante del teniente Sempter. Ella vino aquí para despedirse de él. No pudo contenerse porque es así. ¡Digo que no pudo contener sus execrables instin...!

No pudo concluir la última frase porque el teniente Sempter descargó un puñetazo en el rostro de Sturn y lo lanzó a tierra con violencia.

Cuando se hubo repuesto, ordenó el comandante:

—¡Queda usted arrestado! ¡Cumpla mis órdenes, teniente!

Los marineros no sabían qué partido tomar, pero iniciaron un movimiento en auxilio del jefe del barco.

Sempter empuñó un revólver y encaróse con toda la dotación:

—¡Mataré al primero que se mueva! ¡Este barco está sin mando! ¡El comandante Sturn se ha vuelto loco!

Por su parte el aludido también gritaba:

—¡Amarrad a ese hombre! ¡Todos faltáis al reglamento!

Siguió un forcejeo de órdenes y contraórdenes, ante la actitud dubitativa del personal.

El subteniente se permitió advertir a Sempter:

—Es un caso de insubordinación. Pensad que la disciplina...

Al ver Diana el sesgo de los acontecimientos quiso intervenir decididamente en el ánimo de aquellos hombres. Para ello les gritó:

—Creéis que os manda un buen capitán y os equivocáis. Soy su esposa y os digo que está loco. Hundió el barco y no fué casualmente, sino con toda su intención de perdernos a todos. Es capaz de asesinar a cuantos le rodean por satisfacer sus venganzas celosas. ¿No me creéis ahora? ¿No creéis que está loco?

Como todavía continuasen los tripulantes indecisos, Diana prosiguió:

—Haced venir al telegrafista y os convenceréis de lo que digo.

Y cuando el telegrafista estuvo presente, preguntóle:

—¿Funciona el oscilador de su aparato?

—No.

—Pero funcionaba cuando el comandante entró en su cabina. Yo le vi por las ranuras de la mirilla del camarote cortar los hilos en el momento en que usted salió obedeciendo su orden.

El telegrafista fué a comprobar si ello era cierto y regresó al punto para decir:

—Es verdad; están cortados.

La tripulación no dudó un instante más. Se miraron los hombres unos a otros y comenzó un murmullo de animosidad contra el comandante.

Gestos de rencor y puños crispados se dirigían contra él.

Fué retrocediendo, amedrentado, hasta desaparecer con dirección a su camarote.

Sempter, entonces, se hizo cargo de la situación y asumió absolutamente el mando de la nave.

—¡Serenidad!—exclamó—. De nosotros depende el salvarnos. Que vaya uno al compartimiento de torpedos y examine la escotilla de escape. Es inútil esperar que nos venga auxilio alguno de afuera. Adoptemos el único medio que queda a nuestro alcance. Pónganse los pulmones artificiales. Que esté dispuesta la escotilla de rescate y escaparemos por ella.

Se trataba de inundar el barco y provisto cada cual de la cantidad de oxígeno contenida en el pulmón que le correspondiese, elevarse por las maromas de las boyas que se soltarían al efecto, jugándose la carta de que la operación se hiciera en el tiempo justo para llegar a la superficie con vida.

Diana se puso también su aparato acumulador de oxígeno, dispuesta como todos a adosárselo a la cara, tan pronto como el agua les llegase por la garganta.

El plan expuesto por Sempter fué el de cerrar la escotilla interior, inundar después el compartimiento de la torre de mando, a fin de que ambas presiones fuesen iguales y soltar la primera boya por la escotilla superior.

Diana demostró no tener más miedo que el marino más avezado. Subió hasta la escotilla superior con los seis primeros hombres que habían de salir, y cuando el agua dábale por el cuello, colocóse el pulmón artificial y trepó por la cuerda de boya, a través de las capas del mar.

Hecha esta operación, le tocaba el turno al resto de los tripulantes, entre los cuales reinaba un silencio angustioso.

Todos ascendieron en busca de la probabilidad salvadora y quedaba en último término Sempter, para atender a su salvamento.

En este instante apareció Sturn, que salía de su cámara, y al cual dijo con energía el teniente:

—Prepárese a escapar. Le dejaré salir primero.

El comandante traía descompuestos la cara y el ademán.

—¿Y si no quisiera?

Sempter le apuntó con su revólver y el comandante dejó caer el brazo en que empuñaba un pequeño hacha de abordaje con el cual hubiera hecho pasarlo mal a su enemigo.

Este le apresuró:

—Si no sube ahora mismo, le mataré en defensa propia.

De pronto el marido de Diana, en un movimiento rapidísimo, hízose atrás y desapareció hacia el interior, gritando:

—¡Ahora verás cómo me salvo!

Y cerró tras de sí la compuerta metálica, herméticamente, con todas las palancas de ajuste.

Un rato, Sempter aporreó la puerta tratando de hacerlo salir y al convencerse de que era imposible, se lanzó fuera del barco con auxilio de la última boya que restaba.

Mientras, el comandante se reintegró a su camarote dando traspiés, como si estuviese beodo y sentándose en su sillón de trabajo, como si nada extraordinario ocurriese.

El agua iba inundando el camarote y subiendo de nivel hasta llegarle por el pecho a Sturn.

Súbitamente sus facciones se contrajeron en esa mueca horrible de carcajada y de llanto que es la explosión de la locura.

Reía, reía y el mar iba ascendiendo inexorablemente, como la garra que necesitaba atenazarle y asfixiarle.

Sus carcajadas estentóreas llenaban la oquedad desierta de la parte del barco que quedaba por inundar.

La vista del loco tropezó con un retrato de su mujer que en el muro, sobre la mesa de trabajo, presidía en el camarote.

Empuñó el hacha de abordaje y reuniendo en un último esfuerzo de sus músculos, de sus nervios y de su vida, todo el odio y toda la vesania de sus rencores, descargó repetidas veces el arma sobre el pobre retrato indefenso que quedó completamente destruído.

Luego el agua le llegó a las mandíbulas, a los ojos... Hasta que se oyó la última carcajada gargarcante con el agua que se introducía por sus labios.

Después, nada, el sudario del mar sobre la hazaña de un loco.

SIN ESTRELLAS EN LA BOCAMANGA Y CON ESTRELLAS EN EL CIELO.

La voz del juez del tribunal que sentenciaba la conducta de Sempter en la catástrofe del submarino, dijo solemnemente:

—Absolvemos al procesado de su responsabilidad en la pérdida del barco en que navegaba... pero le condenamos por sus relaciones ilícitas con la esposa de su comandante, proceder que calificamos de impropio de un oficial y de un caballero...

Sempter quedaba, en virtud de esta sentencia, desposeído de sus atributos de mando y de su condición de marino.

Una mujer acechaba en los umbrales del edificio donde celebróse el Consejo de Guerra, y se mantuvo allí hasta conocer sus resultados.

¿Tendremos que decir que era Diana?

Esta, al salir Sempter y verse abocada a tener que enfrentarse con él, huyó azorada buscando dónde guarecerse.

Ya le pisaba el ex oficial los talones y la primera tienda que encontró a mano fué un bazar donde realmente no se vendía nada de uso femenino.

Al punto de que cuado vino el comerciante y saliendo ella

de su letargo comprendió que tenía que comprar alguna cosa, eligió un taco de billar.

Con él en la mano y sin saber dónde dirigirse, hallábase cuando llegó Sempter al establecimiento.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó él, sobreponiéndose a su emoción.

—Ya ve, compraba un taco de billar.

Salieron en silencio y él sugirió:

—¿Quiere que tomemos un taxi?

—No, prefiero andar.

Llovía densa y obstinadamente.

—¿Qué esperaba usted en la calle?—dijo Sempter al cabo de unos momentos.

—Me preocupaba lo que ocurría en aquel edificio por las consecuencias que se desprendieran para usted.

—¿De veras le interesaba mucho?

—Mucho, enormemente.

Callaron otro rato y Diana exclamó:

—¡Qué noche!

El engorroso taco de billar cayó de sus manos y ella siguió insistiendo con la voz que ya casi era caricia:

—Decía que hace muy mala noche.

El suspiró hondamente y extrañóse:

—Es curioso que usted sea quien lo diga.

—No comprendo...

—Deténgase un instante y mire con fijeza, con los ojos del rostro y con los ojos de la memoria, ese cielo. ¿No ve? ¿No ve nada?

—No.

—Fíjese en las estrellas.

—Pero si no hay estrellas...

—Sí las hay. Nunca fueron más brillantes que esta noche. Sólo aquella que ninguno, ni tú, Diana, ni yo podremos olvidar en la vida...

Bajo un toldo de estrellas imaginarias, que son las que más fulgor tienen de todas, cayeron uno en los brazos del otro, y sellaron con un beso tan fuerte como era su amor contenido y su juventud, aquel pacto para siempre que nació en el silencio solemne y el aroma embriagado de una noche africana...

FIN

Números publicados:

REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.
EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.

Próximo número:

El águila y el halcón

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

HONDURAS DE INFIERNO
por Walter Huston, Madge Evans, etc.

DOÑA FRANCISQUITA
por Raquel Rodrigo, Matilde Vazquez, etc.

EL CAFÉ DE LA MARINA
por Rafael Rivelles, Gilberta Rougé, etc.

EL AGUA EN EL SUELO
por Maruchi Fresno, Luis Peña, Nicolás Navarro, etc.

El boxeador y la dama
por Myrna Loy, Max Baer, Primo Carnera, etc.

ESCLAVOS DE LA TIERRA
Richard Barthelmes, Bette Davis y Dorothy Jordan

2 MUJERES Y 1 DON JUAN
Consuelo Cuevas, Mapy Cortés, Joaquín Bergia, etc.

ALMA DE BAILARINA
por Greta Garbo y Clark Gable,

YO HE SIDO ESPIA
por Madelaine Carroll, Herbert Marshall, etc.

NO SEAS CELOSA
por Carmen Boni, André Roanne, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

043 EID